

quicas secciones parisienses; y los jurados debían ser elegidos por la Convención misma. Tal instrumento con apariencias de justicia, nació del deseo de venganza. Sus jueces, más que jueces, debían resultar verdugos; los jurados, más que jurados, del verdugo ayudantes. Su ocupación única consistía, en expedir á la guillotina los reos acusados por la Montaña. Así, el Tribunal gozaba derecho de conocer en todas las causas contra los reaccionarios; de conjurar todo atentado dirigido á suprimir la libertad, la igualdad, la unidad, la independencia, la República en Francia; de ocurrir á la seguridad completa del Estado; de castigar todas las conspiraciones que tendiesen hacia la restauración monárquica, de mantener la soberanía del pueblo en toda su integridad contra todos sus enemigos, extendiéndose la jurisdicción omnímoda suya, lo mismo sobre las gentes civiles que sobre las gentes militares, lo mismo sobre las gentes laicas que sobre las gentes eclesiásticas; por lo cual sus juicios sin apelación, habrían de cumplirse sin tardanza; y cuantos bienes, herencias, ajuares, tuviesen los condenados, debían confiscarse por completo en bien del público Tesoro, y en hipoteca de los desatendidos asignados. Tal proyecto amenazaba de muerte á la Gironda. Comprendiéndolo así los girondinos, juramentáronse para combatirlo y para frustrarlo; pero entre las fiebres de aquellas agitaciones, tales monstruos surgían, como surgen las pesadillas entre los ensueños de un sueño fatigoso.

Los jacobinos apelaron al medio fácil de las agitaciones, para imponerse y amedrentar al parlamento. Los clubs rebosaban de indignación; las calles circunvecinas al palacio parlamentario se veían cruzadas por manifestaciones incesantes; los periódicos rojos componían y publicaban artículos incendiarios; en cada esquina un orador popular hablaba; en la barra los peticionarios se aglomeraban presentando peticiones dementes; las galerías del Congreso henchidas estaban de demagogos, los cuales aplaudían á rabiar todas las locuras jacobinas, y vociferaban en vociferaciones fragorosas contra todos los girondinos, amedrentando por tales términos á la Llanura y á los moderados, que se abstendían ó iban de la Convención, y dejaban á la casualidad, forzada por la violencia, el gobierno de aquella cuitada Francia. Por tales alardeos y tales alabarderos ayudado, Lindet leyó el proyecto de ley relativo á la organización del Tribunal, quien formaría una sala de justicia, compuesta por nueve magistrados, y eximida de guardar las formas ordinarias del procedimiento, condenando á su grado y según su interior evidencia, para destruir y aniquilar todos aquellos que por sus opiniones tiraban á extraviar al pueblo, ó que por la respectiva posición ocupada en el antiguo régimen, ofrecían sospechas de desear el restablecimiento de las condenadas antiguas facultades del despotismo. Leído tal horrible proyecto, la derecha estalló en murmullos de reprobación, bien pronto ahogados por el aplauso unánime de la izquierda, que secundaban los vivas y aclamaciones de las tribunas. «Prefería, exclamó Vergniaud, morir, á tolerar el establecimiento de un Tribunal peor mil veces que la Inquisición de Venecia». «Escoged, pues, respondió Amar, entre una insurrección y este

Tribunal». «Yo no atacaría, dijo Cambon el poder revolucionario. Hélo proclamado en esta tribuna frecuentemente; pero creo imprudencia, é imprudencia temeraria, concentrar entre las manos de nueve personas tamañas facultades, cuando esas personas pudieran resultar nueve adversarios nuestros, que al enemigo se vendiesen. ¿Cuáles diques podríais oponer entonces al capricho de semejante Tribunal? ¿Dónde se hallaría el reconocido límite de su autoridad despótica? Vosotros mismos seréis alguna vez sus víctimas. A estas palabras respondió un tumulto fragoroso: aplaudiendo unos, como en cualquier gran ovación; otros burlándose, como en cualquier gran cerrada. «Pido, exclamó Feraud, la votación nominal. Quiero sepa el mundo los hombres que pretenden esgrimir el asesinato bajo un disfraz tomado de la Constitución y de las leyes.» Nada, según he dicho mil veces, tan movable como la Convención. El menor soplo de un peticionario la encrespa; el lloro de cualquier niño la conmueve. En tres minutos pasa de la piedad á la cólera y de la cólera á la piedad sin razón suficiente que justifique aquellos cambios, y sin motivo eficaz que los determine. Ya ruge como un león ó arrulla como una paloma. Así, la temeraria salida de Feraud hizo que los moderados, en deserción, volviesen á sus bancos, y que los montañeses, en furor, calmasen sus apóstrofes, y que los girondinos, en pánico, cobrasen fuerzas, resolviendo todos, bajo una emoción imperiosa, el aditamento de jurados á los jueces y la designación de los jurados por las provincias, que los presentarían al voto del parlamento. A esta inesperada parcial victoria, propusieron los girondines que la sesión se suspendiera. Pero, temerosos los jacobinos de perder las ventajas conseguidas, clamaron para que la sesión se prolongara. Dantón acorrió á la izquierda, esgrimiendo sus fuerzas hercúleas, á quienes todo parecía posible, y levantando su voz de trueno, que hacía estremecer la Convención, como el fruncimiento de las cejas en Júpiter hacia estremecer el Olimpo. «Requiero, dijo, de todos los buenos ciudadanos, que no abandonen sus asientos. Yo sé hasta cuál extremo importa decretar medidas judiciales propias á impedir la reacción y castigar á los reaccionarios, pues para ello se necesita esa magistratura excepcional, cuyas facultades representar deben la venganza del pueblo. Alzan su frente con insolencia los enemigos de la libertad, y en todas partes retos, en todas partes aparecen provocadores é insolentes. La salvación del pueblo necesita de muchos medios eficaces y de muchas medidas terribles. No busquéis un término medio entre las formas complicadas de un procedimiento regular y las facultades omnímodas de un Tribunal Revolucionario. Escarmentemos en la cabeza de nuestros predecesores, y hagamos lo que no supo hacer el Cuerpo Legislativo. Seamos nosotros terribles para impedir que lo sea el pueblo. Terminada esta grande obra, trataremos de las armas que debemos empuñar, de los emisarios que debemos expedir, del ministerio que debemos proponer. Sonó la hora crítica. Prodiguemos los hombres y el dinero. En resumen, esta noche organización del Tribunal, mañana movimiento militar. Que vuestros comisarios se partan; que la Francia entera se

alce, tomando las armas y corriendo á buscar el enemigo; que Holanda sea invadida y Bélgica libre y el comercio inglés arruinado; que los amigos de la libertad triunfen por todas estas regiones; que nuestros ejércitos lleven á los pueblos la redención y la libertad; que sea vengado el mundo.» «Pido la votación nominal, dijo Vergniaud, deseoso de saber quiénes se sirven del nombre de la libertad con objeto de destruirla y aniquilarla.» La Convención votó el proyecto de Lindet dando facultades extraordinarias al Tribunal, cuyo ejercicio debía resolverse contra la misma Convención.

En la Historia de tal institución, tropezamos con un verdadero monstruo, cuya baba quedará indeleble por ponzoñosa y homicida, en el honor y en el nombre de la Convención, cual una cancerosa mancha, trascendiendo por herencia fatal á siglos de siglos y á generaciones de generaciones. Este monstruo se llama Fouquier-Tinville. ¿Quién era este hombre? Lo que Marat representaba en el teatro de la prensa, representaba Fouquier en el teatro de la justicia. El uno escribía excitando á la matanza desde su espelunca de tigre; mataba el otro friamente con su toga de magistrado puesta sobre su cuerpo y el solio de las leyes, extendido sobre su cabeza. Las pestes más asesinas provienen de asoladores microbios. Estos animalillos imperceptibles, ya se tienden por las aguas del Ganges y producen el cólera, ya por los aires del desierto y producen la voraz lepra ó el exterminador bubón. Peste de las pestes debemos llamar al terror y microbio de tal peste política, debemos llamar á Fouquier-Tinville. Su profesión de Abogado, le había suprimido la conciencia y la voluntad; no se pertenecía el criminal así mismo; su conciencia se sumaba por tal fiel manera con el Estado, que creía justos los decretos más bárbaros, las leyes más inicuas, las venganzas colectivas más horribles, los degüellos de Septiembre, los maleficios de la persecución y los horrores del asesinato, con tal que se cohenestasen de algún modo con los mandatos de una superior autoridad, fuese quien fuese, ora se llamase la Comunidad revolucionaria, ora se llamase la Convención nacional. El mismo se ha definido así en las memorias escritas para su imposible defensa. Llamábase una hacha del poder supremo, como el hacha que llevan los verdugos. El verdugo se llamaría Dantón, Robespierre, cualquiera de los rápidos dictadores que surgían entre las tempestades de la revolución; él se limitaba en estos trances á simple instrumento del poder supremo, hacha cortante, propia de aquellos sanguinarios verdugos. ¿Quién le ha pedido al hacha cuenta de si cortaba ó no cortaba? ¿Quién le ha exigido responsabilidad alguna por su gran pesadumbre y por su acerado filo? Achaque de los magistrados caer de la impasibilidad, que creen impuesta por su oficio, en la diferencia más punible por los dolores humanos. La mayor parte de los magistrados firman una sentencia de muerte y se beben un vaso de sangre con igual quietud que si firmaran una carta de familia ó se bebieran un vaso de agua. Luego, si los magistrados pertenecen al orden fiscal, juzgáanse obligadísimos á destruir todo sentimiento humano y toda natural compasión en las entrañas de su

pecho. Ellos creerán al revés de lo dicho por la conciencia humana: vale más infligir un castigo á cien inocentes, que dejar se les huya y escape un culpado. Fouquier-Tinville perteneció á la magistratura, y en la magistratura desempeñó el ministerio fiscal. Estos señores fiscales gozándose á una en husmear crímenes y rastros de crímenes donde no hay ni asomos siquiera, y en marcar con el hierro candente de su implacable fiscalización á hombres virtuosos, considerados criminales á causa de apariencias embusteras y de crueles sospechas. Educado en el antiguo régimen, había visto los últimos vestigios, tocado los últimos instrumentos de aquella cruel justicia; y donde había calabozos en que yacían olvidados los vivos, como si fueran muertos, sin ver un rayo de luz y sin respirar más aire que aquel necesario á la continuación de su tormento; donde había horcas feudales en que pataleaban los siervos á docenas, colgados por un capricho del señor en un momento de arrebato; donde había el potro que descoyuntaba huesos de reos sin preguntarles siquiera su nombre y sin siquiera identificar su persona; donde la Iglesia misma taladraba con hierros candentes las lenguas de los heresiarcas y atizaba los carbones de la Inquisición, para que consumieran á pobres mujeres acusadas de brujas y á míseros judaizantes acusados de no comer tocino; debía también haber en los encargados de todos aquellos horribles menesteres una feroz crueldad. Fouquier Tinville pasó del escenario de las antiguas crueldades al escenario de las crueldades revolucionarias. Y así, nos parece un fiscal del régimen absolutista, sobreviviendo á la destrucción de las antiguas leyes, en el seno de la República.

Hijo de pobres labriegos, las miserias de una menesterosa niñez, le agriaran el carácter agrabando su perversa índole nativa. Procurador de los tribunales, no le acompañó la fortuna, y su desgracia le movió á echar, sobre la sociedad, sus propias deficiencias. Tan ajeno estaba del papel reservado á su persona por el destino, que publicó un epitalamio loando las bodas de Luis XVI y María Antonieta. Quizá libró á esta composición poética, esperanzas de medra, aunque adolecía de incorrecta y vulgar; faltas que no podían reflejarse de modo alguno en el espejo de su amor propio. La poesía remitida por Fouquier á un ministro, ni siquiera obtuvo la cortesía de una respuesta y el aviso de su recepción. Así la miseria le circuyó por todas partes, y en la miseria no llegó á columbrar otro asidero que la revolución ya relampagueante y amenazadora en los días del regio enlace, por él encarecido con sus despreciados versos. Cuarenta y seis años contaba cuando se tornó hacia la revolución y se inscribió en las huestes revolucionarias. Un día le oyó Dantón discurrir sobre política, y aunque no volaba como un águila, decía cosas acerbas y amargas de los viejos poderes, las cuales acreditábanle á los ojos del gran tribuno, como aprovechable instrumento. Estalló el diez de Agosto y las erupciones volcánicas extrajeron del seno de los abismos y echaron sobre los oleajes de la superficie aquella, los más desventurados mortales. Metido en el ayuntamiento la noche del nueve, aunque sin expreso

mandato, como suele pasar en las revoluciones, donde todo se improvisa, distinguióse por su energía en los actos y por su ciencia en los consejos. Tal noche suprema le abrió el seno de los poderes públicos en aquel espantoso caos. Fouquier-Tinville requirió de los vencedores un puesto difícil en que mostrar con la integridad de su carácter, la firmeza de sus convicciones. El diez de Marzo le nombraron jurado del Tribunal Revolucionario, y ya en este puesto le nombraron público acusador; ó como decimos nosotros, verdadero fiscal. Y en este sitio creyóse proveedor perpetuo de la guillotina en permanencia. No preguntaba quiénes expedían los reos, ni á qué partido los reos estaban adscritos; leía el informe policiaco sobre que fundaba el envío, é inquiriendo con verdadera crueldad de hiena la vida y hechos de los acusados, declarábalos merecedores de pena capital, sin que sintiera dolor alguno su corazón y menos remordimiento alguno su conciencia. Lo mismo acusaba él á los realistas, que á los girondinos; lo mismo al gran hércules de la Montaña, que al último cortesano sospechoso; lo mismo á Robespierre, que á Dantón. Para profundizar su crueldad, no hay sino decir una proposición suya, inverosímil por su barbarie, hasta en aquel personificador de todas las crueldades. Propuso que delante del Tribunal donde acusaba, se levantase un patíbulo, para que los reos de pena capital, en cuanto acabasen de oír la sentencia, perdieran la vida. Y sin embargo, tal hombre adoleciendo de innumerables crímenes, por superfetaciones que pusiera en él su cargo, no adolecía de ningún vicio. Jamás se le vió, ni cuando pasaba por las miserias en su vida que tanto impulsan al desorden de las costumbres, ni en zahurdas, ni en tabernas, ni en mancebías. Ningún exceso en la bebida; con el juego ningún contacto; alejamiento sistemático de toda prostitución; desprecio del oro; sobriedad en la mesa; templanza y moderación en la vida: tal parece aquel monstruo de la política en su hogar doméstico y en sus condiciones privadas. Pudiendo enriquecerse, cual tantos otros que no habían desempeñado cargos tan lucrativos como los suyos, Fouquier dejó á su muerte un moviliario, el cual, vendido en pública subasta, valió trescientos miserables francos. No se curaba para cosa ninguna de la seguridad general y de la defensa patria en sus acusaciones "fiscales; curábase únicamente de que no se le fueran entre las mallas del descuido y entre las debilidades de la compasión un reo cualquiera merecedor de pena capital. Aquel hombre no se curaba de dirigir en lo más mínimo la nave del Estado combatida por la tormenta, curábase únicamente de su fiscalización, y durante toda ella, vivió metido en el palacio de justicia como los caracoles en sus cortezas ó como las ostras en sus conchas.

Correctísimo en el vestir; austero en el aspecto; incapaz de incertidumbre alguna en sus resoluciones, y menos de vacilación en sus propósitos ó de duda en sus ideas; irió bajo los peligros; consagrado á su oficio como el monje á su orden; servil con la dictadura y arrogante con sus víctimas; acostumbrado á dar órdenes imperiosas de muerte sin atención á los defensores ni á las defensas de sus acusados; ajeno á cualquier movimien-

to de humanidad en su rabia fría; muy activo para ejecutar mejor y más pronto á los condenados, exacto en su trabajo; minucioso en sus inquisiciones; sordo á todo ruego; incapaz de moverse ni por los halagos ni por las amenazas; Fouquier-Tinville se aparece ante la Historia, como una guillotina que viviese, no obstante su inhumanidad, la humana vida exterminándola. Importábale un bledo que no le amase nadie y todos le temieran. No se creería posible una impasibilidad tan imposible, sino la certificaran millares de testigos y no la guardara en sus anales definitivos la Historia. ¡Ay! La sombra de aquel monstruo, aun oscurece la revolución, cosa inverosímil sino fuese verdadera, como si el hábito de cualquier víbora pudiera oscurecer el sol. Fourquier no aborrecía la virtud, como dicen muchos de sus exajerados biógrafos; pero si la virtud se presentaba en cualquiera acusación, no la tenía en cuenta. Para él debían determinarse las autoridades judiciales, como por mecánicos resortes, por la letra de las leyes, sin atenerse á la justicia moral en cosa ninguna, y menos que á la justicia, mucho menos, á la compasión y á la caridad, indignas de un magistrado y sobre todo de un Fiscal. Creía él que si le mandaba la policía un reo, estaba en el deber de mostrar la infalibilidad de tal cuerpo administrativo y de remitir por ende al verdugo el acusado. Cuando condenaba, condenaba con placer, y cuando absolvía ¡oh! absolvía con dolor. Muchas veces iban en una sola sentencia varios reos de muerte, y al verlos ir, frotábase las manos de gusto diciendo en su barbarie: «hoy tenemos fuego de pelotón». Empeñábase por una condena, como puede cualquier benéfico empeñarse por un acto beneficioso que á sus semejantes aprovecha. Creíase malherido en su honor si se le iba entre las manos una víctima; puesta por sus acusaciones en los caminos del matadero. Gustábale de agrabar las sospechas; y cuando un acusado le oponía valor ó frialdad, desatinábase hasta insultarlo. Aquel hombre tan sobrio, á quien llamaríamos en vulgar lengua nuestra, un hombre aguado por no gustar del vino, trincaba como un bebedor en grande holgorio, si conseguía sentencia condenatoria colectiva, en que fuesen comprendidos muchos reos. Superior á todas las fatigas, no se cansaba en el esbozo y planteamiento de sus acusaciones, dictadas por un reconcentrado furor y escritas en estilo tan siniestro como el golpe de la cuchilla que cae en el tajo sobre las tablas del patíbulo. Nunca se personó en los clubs, nunca se metió en los intrincados laberintos de las intrigas por aquella sazón imperantes; en acusar y matar pasó dos años enteros de su horrible vida. Dícese que tenía un recreo, el recreo de presenciar las ejecuciones de sus acusados y verlos muertos, como para enterarse de que se había cumplido su sentencia, requerida del Tribunal revolucionario por sus crueles inquisiciones. Ved ahí dentro de las leyes la ilegalidad personificada; dentro de las revoluciones la reacción impía; dentro del derecho y la justicia el crimen; la inhumanidad dentro de un periodo humanitario en que nuestra especie creía regenerarse; y explicadme, si podéis, las contradicciones del mundo y los contrasentidos de la Historia. Por métodos que Nerón